

Enfoque Sociológico del Antisemitismo

Por Carlos M. RAMA, profesor de la Universidad de Montevideo, Uruguay. Homenaje a la Revista Mexicana de Sociología en su Vigésimoquinto Aniversario.

COMO profesores de Sociología, habitualmente en nuestros cursos nos ocupamos del tema del racismo, en que está incluido el antisemitismo, a propósito de los factores bióticos; y en segundo lugar, a propósito de la discriminación.

Naturalmente que la discriminación racial es un aspecto de la discriminación en general, e incluso es un aspecto menos importante, desde el punto de vista cuantitativo, que la discriminación social e incluso la sexual. Sobre el problema del racismo es mucho lo que se ha dicho, y por cierto excelente y accesible, incluso lo divulgado por autoridades universales del tipo de la UNESCO. También sobre el problema de la discriminación, que es su consecuencia directa, es mucho lo que se conoce.

En cambio no es suficientemente estudiado, dentro de los trabajos científicos en la materia, lo referente al conflicto racial. Lo que pasa con el conflicto racial, es que es un aspecto limitado del conflicto social, se presenta raramente, y es muy difícil a menudo saber dónde comienza y dónde termina, ya que aparece enmascarado con otros tipos de conflictos, dentro de los procesos dinámicos que corresponden a las complejas sociedades modernas. La teoría del conflicto social no es tampoco una teoría que dentro de la sociología moderna esté debida y ampliamente estudiada, y a propósito del conflicto aunque se sigue en general a Simmel para quien “el conflicto siempre facilita la cohesión del grupo”, se distinguen conflictos interiores y conflictos exteriores, y

no faltan quienes, como en la obra más reciente de las importantes que se han escrito sobre este tema, la del profesor Lewis A. Coser, de la Brandeis University, piensen de que “el conflicto tiene un cierto grado de funcionalidad positiva”.

En otras palabras, que los conflictos sociales podrían tener efectos “benéficos”. Me parece necesario establecer que hay ciertos conflictos que son benéficos a la sociedad, porque suponen, por ejemplo, el cambio social, y el progreso del grupo. Pensamos por ejemplo en conflictos políticos en que las oposiciones resultan en definitiva nuevas síntesis o soluciones más perfectas que las que hasta ese momento tenía la sociedad. El conflicto racial no pertenece por cierto a este tipo de conflictos, sino que es un exponente de un fenómeno patológico dentro de la sociedad que es la desorganización social. En ningún momento, y bajo ningún caso, estudiado el tema con objetividad, se puede decir que un conflicto racial haya dado como resultado un progreso para la sociedad, significando una mejora de las condiciones sociales, o que el mundo haya avanzado un paso aunque fuera pequeño. Es un conflicto pernicioso, de tipo patológico, implica un proceso de tipo canceroso dentro de una sociedad. Es naturalmente peligroso para las minorías, por razones obvias, pero termina por ser peligroso incluso a las mayorías que eventualmente ejercitan la persecución en el plano del conflicto, y, finalmente a toda la sociedad. Comparando las sociedades en que manifiestan conflictos raciales con aquellas en que no existen, invariablemente se coincide en señalar que las sociedades conflictuales, del punto de vista racial, quedan en desventaja, en la competencia frente a aquellas en que el conflicto no aparece, o es obviado, o salvado. En el conflicto racial son perdidosos no sólo los perseguidos, sino los perseguidores; el grupo minoritario sobre el que se ejerce presión (mecanismo típico del conflicto racial), sino la comunidad entera. Los mismos perseguidores que creen resolver sus problemas, o algunos, fracasan invariablemente.

La negatividad del conflicto racial también reside en el hecho de que no hay ninguna regla que permita fijar los límites de los conflictos raciales en un grupo determinado. Históricamente han habido, y hay, conflictos raciales en diversos tipos de grupos, pero no hay ninguna regla que impida eventualmente que quienes hacen el papel de perseguidores, se conviertan a su vez en grupo perseguido, e incluso en minoría perseguida, frente a un tercer grupo más numeroso. Pensamos que entre quienes en América del Sur padecen de prejuicio racial, y actúan con la discriminación racial antisemita y eventualmente realizan la persecu-

ción racial, sean por ejemplo, gentes del tipo latino. Les bastaría leer, por ejemplo, lo que a propósito de los latinos han dicho los autores germánicos, empezando por el más famoso por su significación política, el propio Adolfo Hitler, para apreciar el desprecio con que ha considerado, en su conjunto, a los “inferiores latinos” y sus ideas. En otras palabras, que quienes sienten su superioridad actuando de persecutores en un momento determinado, serían o son normal e históricamente a su vez perseguidos por grupos más poderosos que contra ellos a su vez ejercen la discriminación racial. Sucede a veces incluso que el grupo perseguido realiza discriminación, si no persecución, frente a grupos más inferiores de un punto de vista social, que están a su servicio, o quienes por su situación económica pueden discriminarse sin mayor riesgo.

Esta serie de persecuciones escalonadas, encadenadas, cuya negatividad no es necesario encarecer terminan en definitiva por perjudicar el rendimiento de la sociedad en cuestión, y contribuir en forma progresiva a la desorganización social.

Lo interesante sociológicamente del prejuicio racial, frente a otras formas de prejuicio, y de discriminación, es que sobreviva a los cambios de técnica, o de ideas, y que lo encontramos arraigado en las costumbres, los hábitos (digamos los malos hábitos), de pueblos y sistemas políticos muy diferentes. Es en definitiva un hecho histórico pero que tiene una actualidad siempre innegable. Un tratadista de la sociología decía que “los prejuicios raciales son más fáciles de aparecer y más difíciles de vencer que otro tipo de prejuicios”, y tal vez en esto esté su rasgo más significativo. Esa facilidad para aparecer bajo cualquier horizonte, esa dificultad para vencerlo y para superarlo y pasar a otros niveles no prejuiciosos es su originalidad. Aunque se trata en el origen de un conflicto que no se presenta regularmente, tiene continuidad histórica. Quizá tanto como el propio mundo histórico, y aunque somos optimistas respecto a la posibilidad de vencerle, al considerarle en el pasado inmediato, y en el presente, no debemos dejar de prever que durante cierto tiempo tiene que reiterarse de alguna manera, por las mismas razones que llevan a explicar su propio funcionamiento, o sea en tanto las condiciones objetivas de las sociedades sean similares.

Los tratadistas señalan que en cierto tipo de sociedades se presentan con más vigor los conflictos de carácter racial; mientras en otras sociedades, por el contrario, aparecen raramente, o no llega a manifestarse en una forma categórica, explosiva; o deja entre sus manifestaciones públicas largos períodos de paz no prejuiciosa, no discriminativa, lo muestra dos tipos de sociedades diferentes.

Las sociedades por excelencia para los conflictos sociales son aquellas que tienen los rasgos siguientes:

I) En primer lugar sociedades inestables o en crisis de estructura, en las cuales existan problemas, si es posible recientes, necesariamente violentos que alteran la estructura social y que crean en la gente una firme idea de inestabilidad; que hagan perder la seguridad a las personas. El prejuicio racial o la manifestación del conflicto racial se presenta como una especie de solución individual a estos cuadros característicos de las sociedades inestables o en crisis. Adorno, por ejemplo, ha dicho hablando del antisemitismo, que “es un medio de pseudo-orientación en un mundo alienado”. En otras palabras, de que la discriminación racial, y por tanto el antisemitismo, se presenta como una especie de reverso de la zozobra, del temor, del odio, de la inseguridad, de la cobardía. El prejuicioso racial es normalmente un cobarde. Cobarde mental, en cuanto no se anima a pensar en profundidad su problema y los de la sociedad que integra; cobarde porque realiza además una acción para la cual normalmente tiene cierta impunidad, o por lo menos el aplauso de los sectores rectores del grupo social del que participa. Pero al sujeto que actúa de esta manera, la realización del acto racista no le trae la tranquilidad, ni le quita el temor, ni le saca de la zozobra, ni le da la valentía que le falta. Sigue igual que antes e incluso estas motivaciones se ven agravadas. Se producen una serie de reacciones en cadena; naturalmente hay una lucha por la resistencia de los atacados, y puede ser, que el perseguidor se convierta en perseguido, y esto multiplica de un modo indefinido los conflictos.

II) Además se encuentran especialmente los prejuicios raciales y las persecuciones raciales en las sociedades basadas en una grande y particular injusticia. Por ejemplo, encontramos este tipo de problemas en aquellas sociedades en que un grupo importante de individuos han sido sometidos en una forma que es claramente injusta al dominio de una sociedad que los pone al margen de los beneficios de la civilización y de la vida. Esta inmensa injusticia que se hace a muchos individuos (a veces a la mayoría), privándolos de sus derechos civiles, políticos o religiosos, trae como consecuencia un gran y constante temor de quienes ejercen el monopolio de estos derechos, tienen pavor de que les sean quitados y que haya una suerte de revancha por la cual los que están sometidos se levanten y los castiguen. El profesor Frank Tanenbaum de la Universidad de Columbia, hablando de los sudeños estadounidenses, de notorio prejuicio antinegro, dice que “el temor a perder el con-

trol sobre el mundo que monopolizan”, es en el fondo el resorte que explica el odio y la pasión irracionales con que reprimen a los negros.

III) Un tercer caso es que el conflicto racial se manifiesta en las sociedades rígidas y autoritarias. Frente al tipo de sociedades democráticas y flexibles, donde hay una cierta tolerancia, donde la convivencia se asegura políticamente de una manera institucionalizada, en estas sociedades rígidas y autoritarias, necesariamente las gentes se ven obligadas a la obediencia absoluta a la jerarquía superior y están sometidos de un modo inexorable a disposiciones que le controlan en todos sus aspectos. Como consecuencia, las gentes que se ven cotidianamente presionadas y obligadas a actuar, por ejemplo, de una manera militarizada, controladas en todos los aspectos de su vida regular, tienen necesidad de tener libertad en alguna parte; de conseguir realizar su arbitrio, de cumplir su voluntad íntegramente en algún aspecto. Toda la frustración derivada de la presión cotidiana de las jefaturas nacionales, de la militarización, etc., que existen en este tipo de sociedades crea en los sujetos, incluso los más pacíficos e inocentes, la necesidad de libertad también absoluta, para vengarse de algún modo de esta frustración y humillación cotidiana a que le somete la autoridad. Las jefaturas de estos tipos de sociedades, comprendiendo esa presión subterránea, dejan en libertad a los miembros de hacerse “su gusto”, su arbitrio, y de volcar la comprimida pasión destructora contra algunos individuos o grupos que los mismos líderes se ocupan de indicarles, sugerirles, o facilitarles la persecución. El liderazgo de la sociedad sigue siendo el mismo, no se encuentra en peligro, y la agresividad y deseo de acción que domina la gente no se ejerce contra las jefaturas, ni el sistema. Este incluso, subsiste gracias al sacrificio, en este caso planeado o expreso, de un grupo de personas inocentes a quienes se indican como víctimas propiciatorias del odio de los demás y de la revancha de la libertad y acción espontánea que le está negada a la sociedad.

IV) También encontramos el conflicto racial en aquellas sociedades que necesitan del terrorismo para mantenerse. Mejor dicho, en aquellos regímenes políticos o económicos que sin la apelación del terrorismo no podrían mantenerse. En esos países no basta con medidas elementales de carácter policial o del tipo de las costumbres y de los usos, la religión, etc., para asegurar el control de la sociedad. El mero uso de la policía es un Estado de Derecho, por ejemplo, en estas sociedades, no alcanza porque hay grupos sometidos que están en ascenso, que necesitan la libertad, o la requieren insistentemente. Entonces se recurre para reprimirlas, abiertamente al terrorismo. Se trata de intimidar, aplastar

este avance, impedir aquel progreso y reforzar entonces lo que es ya indefendible, esa primera línea que había trazado la costumbre, la religión, el derecho, etc.

Un caso trágico es el de Sudáfrica, donde durante mucho tiempo los negros fueron tan sumisos como miserables. Desde el momento en que ellos pretenden vivir como personas, y tener los mismos bienes que los blancos, o los grupos hasta ese momento superiores, entonces “no hay otro recurso” para poder mantener el monopolio de las oportunidades que existía y que existe en la sociedad a favor de los blancos dominadores, que aplicarles medidas terroristas, tratar de intimidarlos y diezmarlos por el terror y detener ese avance, por lo menos durante cierto tiempo, y en tanto no se encuentran mejores métodos.

V) Por último, el racismo puede aparecer, y no es la primera vez, como una oportunidad para desatar la violencia. Normalmente se supone que un grupo social cualquiera tiene un alto potencial de violencia y una oscura necesidad de realizar actos violentos. La vida de las sociedades modernas y civilizadas suponen reprimirla, no usarla y utilizar en cambio una serie de mecanismos que van desde la cortesía para resolver los conflictos. Los sistemas democráticos suponen también la abolición de la violencia, y dirimir los problemas y las divergencias por medios estandarizados a través de las elecciones, las luchas de opinión, la educación, etc. Hay grupos de carácter minoritario que dentro del juego civilizado jamás conseguirían imponerse en una sociedad democrática. Jamás hubiera sido Adolfo Hitler el jefe del Tercer Reich, ni Benito Mussolini el de Italia, si hubieran recurrido a este método regular de un modo continuo. Con una frase de Mussolini me parece bastante esclarecido el problema, cuando dice: “En 48 horas de violencia, el partido (fascista) hizo más que en dos años de prédica”.

La violencia entonces aparece como un método de pulverizar las defensas que la sociedad coloca frente al afán de poder de un grupo minoritario, romper por la fuerza la resistencia e imponer el triunfo y el monopolio del pequeño grupo que normalmente no hubiera podido triunfar. ¿Qué tiene que ver el racismo con este proceso social? El racismo puede servir, y el caso de Alemania lo ha demostrado, como una especie de escalón para poner en marcha la violencia. Porque si un grupo pequeño quisiera imponerse por la fuerza y de un solo golpe, en un momento determinado, espontáneamente la sociedad acudiría para detenerlo. Pero si antes de realizar el asalto del poder político nacional este pequeño grupo terrorista comienza por hacer el ejercicio paulatino y escalonado de la violencia contra otros sectores y en otros sentidos, acostumbra pri-

mero a la sociedad a la violencia, intimida a los posibles eventuales rivales, destroza grupos y organizaciones que eventualmente pueden resistirlos. En otras palabras, que la violencia racista no es otra cosa que una etapa, el primer escalón, para desatar una cadena de violencias para obtener un objetivo nacional político: el dominio total de una sociedad determinada.

Todos estos casos, o estas situaciones, son las que tipifican la presentación general del conflicto racial y que se podrían ilustrar con ejemplos tomados de la historia, en el pasado más inmediato e incluso de nuestro presente. Naturalmente, y aún en los casos que hemos señalado, el racismo se presenta a propósito de los negros, los indios, los latinos, etc., pero el caso del antisemitismo, dentro del racismo, tiene una considerable importancia, y seguramente es el más complejo. Me atrevería a decir que el judío tiene “ventajas” digamos entre comillas, como enemigo de las sociedades prejuiciosas. Es más fácil escoger al judío como enemigo, que al negro, al indio o al latino. La explicación de esto, de que hace que en los casos de racismo aparezca en primer plano el caso del antisemitismo antes que otros casos de prejuicio racial, son bastante complejas y a mi parecer, su enumeración explica que el antisemitismo sea uno de los temas más importantes dentro de la problemática sociológica e histórica de nuestro tiempo. ¿Cuáles son las ventajas del antisemitismo para el prejuicio racial? ¿Por qué es elegido primero el grupo judío antes que otro dentro de la persecución racial?

Por muchas razones, de las cuales destacamos las siguientes:

1) En primer lugar porque es una antigua discriminación. Es una vieja costumbre de discriminar. Los pueblos europeos comenzaron a discriminar contra los negros y los indios sólo después del descubrimiento y de la conquista de Asia y de Africa. Pero con los judíos ya durante toda la Edad Media, incluso en el Imperio Romano, se venía practicando la discriminación.

Es una discriminación además que está vinculada, por lo menos en la tradición, no naturalmente la opinión consciente de los líderes actuales, con la creencia o tradición religiosa cristiana. Para los incultos o semi-cultos con la tradición religiosa. Se enraiza entonces en motivaciones tradicionales e irracionales muy lejanas que tienen para ellos un gran vigor.

2) En segundo lugar, el grupo de los judíos es tradicionalmente indefenso, o por lo menos lo era hasta hace poco. Es indefenso en dos sentidos: a) porque los judíos hasta hace poco tiempo fueron siempre

pacifistas. La imagen del venerable rabino judío perseguido, que no invoca otra defensa que la oración o la súplica, es una imagen tentadora para el racista. Este ya dijimos, es naturalmente un cobarde y elige su víctima propiciatoria en primer término entre aquel grupo en que el triunfo le está asegurado. Hemos dicho en otra parte, que si las primeras persecuciones raciales que se produjeron —sorprendentemente para muchos— en un país tan civilizado como Alemania en la década de los veinte, hubiera habido una resistencia del vigor de la que hubo por ejemplo en el Ghetto de Varsovia al final de la guerra, naturalmente hubieran muerto entonces muchos judíos pero menos de los que fueron sacrificados entre 1920 y 1945. Hubieran muerto también muchos nazis, y posiblemente esto hubiera podido ser decisivo para detener, controlar o impedir el ejercicio de la violencia nazi. *b)* El grupo judío suele ser también indefenso porque no está protegido especialmente por las autoridades. Ya sea que no está protegido, porque deliberadamente se le deja sin protección, como es el caso de esas sociedades autoritarias en que se le ofrece como víctima propiciatoria a todos los que quieran ejercitar violencia o manifestar su acción, por razones religiosas o tradicionales o por falta de contactos políticos, etc., no tiene la protección de otros grupos. Por ejemplo, la iglesia del culto oficial de un país tiene normalmente más protección, protección de las autoridades, pero también protección social del grupo mayoritario, a la que tiene la sinagoga, por tratarse de un local de una comunidad extranjera, minoritaria, diferente, etc.

3) Otra “ventaja” del grupo semita para ser perseguido es que es un grupo *diferente*, mejor dicho un grupo muy diferente o distinto. Naturalmente que el ser diferente para la gente inteligente no quiere decir sinónimo de malvado, ni peor. Al contrario, cuando hay diferencia, uno tiene curiosidad por saber a qué se debe que sea diferente. Incluso hasta se piensa con un poco de optimismo que a lo mejor en esa diferencia pueda aprenderse algo. Pero para el ignorante, para la gente que no se guía por razones sino por pasiones, la diferencia está unida a una connotación negativa. “Si es diferente de mí debe ser malo, porque yo soy bueno”. Por lo tanto al ser diferente, es necesario, es conveniente, ejercer presión sobre este grupo y atacarlo de algún modo.

4) No sólo es diferente, sino que es *desconocido*, y esto es una de las cosas más curiosas y graves, porque al ser desconocido se le pueden atribuir méritos negativos, defectos que no se le pueden dar cuando el grupo es conocido.

Nadie puede inventar, por ejemplo, hablando del Uruguay, que los

italianos son de tal o cual modo, porque ¿quién no ha visto un italiano? ¿Quién no ha tenido contacto con un italiano? Pero ¿cómo son los judíos? Para todos los que no lo son ese desconocimiento se puebla de fantasía, de invención y sospechas. Acá hay un fenómeno un tanto complejo, y es que el grupo judío se caracteriza por ser no justamente una raza, en contra de lo que dicen los racistas, sino un pueblo, un pueblo-nación, y como tal tiende a conservar, a cultivar ciertas características propias.

Naturalmente que si no las cultiva, deja de ser judío, y si las cultiva, tiene que ser necesariamente diferente. En otras palabras se le ataca porque es diferente, pero debemos reconocer que si no cultivara sus características, no sería diferente, y tampoco serían judíos. Serían lo que técnicamente se llama “integrado”, pasaría a ser un miembro más de la sociedad local. Por otra parte el grupo judío tiende a ser endógamo, realiza sus uniones matrimoniales dentro de su grupo, y terminan por ser una especie de gran familia vinculada por los lazos matrimoniales, y con mayor razón, por los lazos amistosos, de los negocios, etc. En un país como el Uruguay este desconocimiento está en parte mitigado por el hecho de que sus hijos concurren a los mismos establecimientos de cultura que los hijos del país, de la sociedad tradicional. Hay lugares, niveles de actuación pública, como pueden ser las profesiones, la actuación comercial, industrial, de las formas de trabajo, en las que se realiza un contacto. Pero normalmente por su mismo aislamiento, su situación les hace sospechosos.

5) Ese aislamiento a veces depende de una marcada movilidad, es decir, es gente que ha venido de otros lugares, que viaja, que se traslada mucho, y también es una cosa sospechosa. La “gente honesta”, la gente del país, es gente que siempre está en el mismo sitio, es gente que no abandona su lugar. Esta gente que va y viene, que tiene relaciones en todos lados, y parientes en todas las ciudades, algo tiene que ocultar.

6) Por otra parte, tiene una actividad exagerada. Naturalmente exagerada a los ojos del antisemita. Es una gente activa, que hace muchas cosas, trabaja mucho, desarrolla diversas actividades, mantiene numerosas entidades, publicaciones, etc.

Recordamos el libro de H. G. Wells “La llama inmortal”, donde se cuenta que en una ciudad, estrictamente en una caverna, donde todos eran ciegos llegó un hombre que tenía ojos, un hombre normal. Los ciegos realizaban una vida social activa, pero no demasiado, como corresponde a ciegos. El vidente en cambio, se trasladaba, se movía, nunca estaba quieto; al final los ciegos decidieron cegarlo, y el argumento que dieron fue: “Tú evidentemente eres enfermo, nunca estás quieto y la

causa debe estar en que en estas cavidades que nosotros tenemos en el rostro, tú tienes dos gusanos que se mueven, con pelos, y nunca están quietos. Eso es lo que te está perjudicando. Te quitaremos esos gusanos, serás como nosotros y estarás quieto igual que nosotros". La imagen es brutal, y no queremos decir que los judíos vean lo que los otros no ven.

7) Otra de las ventajas del semitismo como conflicto racial, es que permite expresar de un modo sencillo la oposición entre la sociedad rural, y la sociedad urbana. Durante mucho tiempo, y en muchos países, los judíos fueron casi exclusivamente los habitantes de los pueblos y por lo tanto los monopolizadores de actividades como el comercio, la industria y las profesiones. En países tan extensos como Polonia, Lituania, Ucrania, Bielo-Rusia, Rumania, los países Bálticos, judío y urbano, judío y hombre de la ciudad, tendieron a ser sinónimos. Siempre ha habido una pugna entre el hombre del campo y el hombre de la ciudad. Y esta lucha encontró en el judío ocupando naturalmente tareas de carácter comercial, industrial y de profesiones, un rival del hombre de campo que naturalmente no estaba en condiciones de reflexionar y encontrar la raíz de sus oposiciones. Pero que no podía aceptar las características de la vida urbana, y por lo tanto encontraba que el reflejo de todas las maldades y defectos de la vida urbana se encontraban en las comunidades judías de esta zona, tan importante que era una especie de cantón o reserva del judaísmo mundial durante mucho tiempo.

8) El judaísmo, o los judíos como enemigos, tienen una gran ventaja, y es que son enemigos interiores. El profesor Coser justamente dice que "los grupos tienden a alegar que los reveses en los conflictos con otros grupos no pueden atribuirse a la fortaleza del adversario, porque esto sería tanto como admitir su debilidad, y en consecuencia buscan en sus propias filas al disidente, que entorpece la unidad, favorece al adversario", etc. En Europa esto se ha dado muchas veces, pues cada vez que un país ha sido vencido en la guerra internacional, ha habido gente que ha dicho: "Esta guerra no la hemos perdido porque fuimos más débiles o tontos, o porque no medimos las fuerzas del adversario". Al contrario han afirmado: "La hemos perdido, porque a pesar que estábamos ganando, porque a pesar de que somos más inteligentes, más buenos, más morales, etc., dentro nuestro había enemigos interiores y éstos nos traicionaron". La ventaja de este sistema es de que como el enemigo exterior ya demostró que es fuerte, tan fuerte que termina de derrotar al país; en cambio el enemigo interior es débil, y entonces contra él se puede vengar el revés sufrido en la guerra exterior. Muchas veces ha sucedido que los ejércitos derrotados, o la generación derrotada en una

guerra importante ha encontrado su revancha, su lamentable revancha, "castigando" con la persecución a un grupo interior. Ya la Biblia, y en el Levítico, lo había hecho Aarón cuando envía al chivo emisario al desierto con las culpas de todos. Las culpas del grupo, en este caso la culpa de la derrota, es necesario dársela a alguien. No puede quedar todo el país con la culpa. Tiene que sacarse de encima esa culpabilidad, borrar la mancha de la derrota. El problema consiste en encontrar el grupo minoritario interior que pueda llevar la culpa. Este puede ser armenio, parsi, etc., pero casi siempre en occidente el único grupo de este tipo lo constituyen los judíos.

9) Si por una parte tiene la ventaja de ser un enemigo interior, tiene también la ventaja, aunque parezca paradójico, de ser un grupo internacional; que aparece en muchos países, que tiene un internacionalismo y cosmopolitismo sospechoso para todo nacionalista. Este solo hecho de que esté extendida en muchas latitudes, le convierte en sospechoso y le da nuevos títulos a la persecución. Tiene además un confuso poder. Se supone por los antisemitas que son quienes se han preocupado de esto con fines oscuros, que tiene un cierto poder, misterioso, un poder tremendo y terrible, pues los judíos pretenden la dominación del mundo. El honrado nacionalista que teme por el poder internacional del judaísmo, cree incluso que atacando al judío hiere a ese poder internacional y hace frente a una amenaza contra su propia tranquilidad y la de su grupo humano.

10) En el Uruguay como en los demás países americanos, y en general en los países nuevos, habría todavía una causa especial que explica la elección reiterada del semita como enemigo del prejuicioso racial, y es su situación como un grupo reciente. El individuo que ingresa individualmente en una comunidad, tiene cierta etapa de "sospechoso". Lo declaran sospechoso por prejuicio, y este se funda en que es "nuevo", y además "diferente". Pero si además de ser "recién llegado al país", como se dice en el "Martín Fierro", asciende o progresa económicamente con rapidez, entonces la sospecha se acrecienta. Ya es malo que haya pasado de una condición de inmigrante pobre y desgraciado a una condición más próspera. Que mejore de vivienda, que se traslade de un barrio al otro, que haya comprado un vehículo, y se permita mandar a sus hijos al liceo. Estos progresos son evidentemente sospechosos y obligan a una reacción en un "patriota honesto". Hay espontáneamente un resentimiento, odio o envidia del que fracasa o del frustrado frente al que triunfa, que aquí aparece colectivamente frente a un grupo. Individualmente se produce en los pequeños grupos, pero también se produce en un

plano societario general. En cada vecino resentido hay una especie de potencial antisemita o antiracista que activa y colabora en este mecanismo de desorganización social, que culmina en la persecución. Los judíos en el Uruguay constituyen un grupo que tiene más de cien años de residencia, pero los que componen la mayor parte de la colectividad hebrea, son gente que ha llegado a partir de 1930 aproximadamente, vinculados a las persecuciones en Europa Oriental, y Alemania. Este hecho de que es una comunidad nueva, de cuya existencia todavía las gentes no se han acostumbrado, y que hayan progresado en una forma rápida y en una sola generación facilita o explica el conflicto. También hubo un conflicto similar cuando, por ejemplo, llegaron al Río de la Plata los primeros italianos en la época de la Guerra Grande (1840-1852). Se puede encontrar en la prensa de la época, y hasta en la literatura como en el caso de "Martín Fierro", la resistencia al "gringo", y también al inglés que tendía los primeros ferrocarriles, entraba como comerciante, etc. El italiano, o cualquiera de los demás grupos latinos, tiene una asimilación rápida y se mimetiza más prontamente dentro de la sociedad. No hay obstáculos como puede ser la religión, las costumbres, el deseo de permanecer siendo un pueblo-nación, como es el caso del judío, y la resistencia tiende a reducirse rápidamente, pero existe lo mismo. Lo interesante es que el hijo del antiguo discriminado discrimina a su vez. El hijo del antiguo inmigrante se siente de una nobleza especial, que le daría, según él, el derecho de perseguir al nuevo inmigrante.

El presidente F. D. Roosevelt decía hablando de Estados Unidos: "Este país está hecho por hijos de revolucionarios y de inmigrantes". He dicho lo mismo del nuestro, pues el Uruguay está hecho por hijos de revolucionarios, es decir de los que acompañaron a Artigas en sus montoneras, o de inmigrantes, algunos de los cuales llegaron en 1930, otros, como mis padres, llegaron en 1910, otros, llegaron en 1950, pero en algún momento fueron todos inmigrantes. Los que no son ni hijos de inmigrantes ni hijos de revolucionarios, hay que pensar que fueron traidores a la causa del país en el momento de la Independencia.

11) Marx decía, y Bebel lo estudió ampliamente, que "el antisemitismo es el socialismo de los imbéciles". La frase es feliz y resume muchas cosas. El capitalismo es un fenómeno o sistema que comporta injusticia, y creemos que es un sistema históricamente llamado a desaparecer, en especial por la serie de sus efectos nocivos o patológicos para la sociedad. Cuando se considera que el capitalismo debe ser superado por otro tipo de estructura económica se piensa impersonalmente, y se supone, como corresponde, que incluso los capitalistas en cuanto individuos, pueden

ser útiles a otra comunidad en que no haya capitalismo. En otras palabras, que la sustitución del capitalismo por otro sistema no debe suponer necesariamente la supresión física de sus titulares. Pero los “imbéciles”, volviendo a la definición de Marx, no pueden reflexionar de esa manera. Comienzan por personalizar las críticas y estas las parcializan. Es mucho más fácil pensar de que son exclusivamente judíos los culpables de que exista el préstamo a interés, los bancos, la usura, y así sucesivamente, hasta completar las posibilidades o puntos candentes, que presenta el sistema capitalista. Esta causal de antisemitismo es activa particularmente en las clases bajas.

12) No ha faltado por otra parte en la historia moderna que capitalistas de otras creencias, es decir no judíos, han pagado a cierta prensa, partidos o grupos, para que desarrollen aquella especie malévol. El fenómeno antes espontáneo aquí es propiciado artificialmente. En este caso tenemos un nuevo ejemplo de que una sociedad basada en una injusticia elige una víctima, la muestra a los “imbéciles”, y de esa manera se libra a sí misma de una oposición económica o política frontal. En un país donde el capitalismo esté en crisis o muy desprestigiado puede ser una especie de salida o prolongación de su situación echar la culpa de los males del sistema a un pequeño grupo, colocarlo en víctima propiciatoria. Mientras tanto los instigadores de esa generación seguirán haciendo su negocio, y alargando el tiempo útil de su explotación económica.

13) Paradójico es, sin embargo, que mientras no faltan quienes acusan a los judíos de ser los protagonistas del proceso económico capitalista, hay otros que encuentran pretexto para su antisemitismo en que los judíos son revolucionarios, en que tienen ideas extremistas. Para el antisemita de las clases superiores: judío y revolucionario, judío y cualesquiera de las doctrinas políticas de la izquierda, y mejor de la extrema izquierda, son sinónimos. Basta con que existan algunos apellidos que denuncien una ascendencia judía entre quienes integran los partidos de izquierda, para que se asimilen ambos grupos y se trate de hacer creer que anarquista, comunista, socialista y judío son una misma cosa, y que por lo tanto, perseguir a unos es perseguir a los otros, y que extirpar a unos, es extirpar a los otros. Se trata de perseguir ciertas ideas, atribuyéndolas a un grupo que no tiene popularidad, es rotundamente impopular, o es meramente foráneo. De ese modo se procura terminar con rivales revolucionarios peligrosos que pueden afectar la estabilidad del sistema, confundiéndolo deliberadamente con un grupo que por ser diferente, extranjero, etc., aparece marginal y más fácil de perseguir que los “hijos del país” mejor conocidos.

Estas son las razones fundamentales que explican sociológicamente el antisemitismo; pero si recurrimos a la historia contemporánea encontramos que en la historia más reciente el antisemitismo se presenta invariablemente como una expresión del fascismo o del ultranacionalismo.

Aunque no falta el antisemitismo en otros sistemas, incluso en sistemas más adelantados y osados, el hecho es que el antisemitismo en su forma virulenta o opresiva se presenta actualmente como sinónimo de fascismo y ultranacionalismo. Esto simplifica nuestra definición y conocimiento de la figura del antisemita.

El antisemita es un personaje que debe ser estudiado de un modo prolijo, como típico de la historia contemporánea. Dentro de la corriente antisemitista, hay a mi parecer tres grupos fundamentales:

a) Está el antisemita, que es el autor material del acto conflictual o de la persecución, el sujeto que con sus propias manos materialmente cumple el acto racista, que ataca a las personas, los objetos o bienes del grupo judío. Dentro de este grupo de los autores materiales normalmente podemos encontrar tres subgrupos, y en esto recurrimos un poco a la experiencia de otros países y a observaciones locales. Puede ser un *fanático* que se interesa por este tipo de cuestiones. El fanático tiene una cabeza especial, una forma especial de pensar y actuar. No tiene razones, pues es ante todo un irracional. Tiene a veces una pequeña razón, una razón parcial y ella le hace movilizarse en un grado amplísimo de pasión. A menudo el antisemita material es un *mafioso*, un *delincuente*. En todos los países los grupos fascistas y ultranacionalistas reclutan buena parte de los antisemitas activos dentro de los elementos delincuentes del hampa. Entre cualquiera de las actividades delictivas comunes en nuestras sociedades, y perseguir a un grupo determinado, que además es indefenso, evidentemente no es difícil el tránsito. Buena parte de las “tropas de asalto” nazis fueron reclutadas en el hampa de las ciudades alemanas, y lo mismo las de todos los grupos ultranacionalistas conocidos. Una tercera versión del antisemitismo activo, es el *patotero*. La “patota” es un tipo de delincuencia característico en el Río de la Plata —que corresponde por ejemplo: al “gang” americano— y ha motivado importantes estudios jurídicos. El patotero, especialmente el adolescente, es un tipo también de mentalidad cobarde, frustrado, miedoso, suele ser un homosexual y tiene características especiales, que muestran un sujeto psicológicamente anormal.

En ciertas circunstancias puede ser “moda”, o ser “estimulante” par-

ticipar en la persecución racial antisemita. Es el caso del “blouson noir” de la burguesía. Naturalmente es un elemento que aparece ya arrastrado en las etapas superiores del conflicto racial.

b) Pero los autores materiales no son los más importantes. Cuando en los estados de Derecho organizados, donde la policía actúa con eficacia y las leyes se cumplen, se aprehende a estos autores materiales de actos antisemitas y se conoce su biografía, la gente queda un poco desilusionada, porque han cometido una serie de actos extraordinarios que han llamado la atención y llenado las páginas de los diarios, y después resultan ser sujetos oscuros, secundarios e infelices. Los antisemitas importantes no son ellos. Son *los coautores intelectuales*, aquellos que manejan a estos individuos, a realizar el acto activo. Es decir, detrás del patotero, del mafioso, del fanático, etc., hay quienes lo están pensando, y largo plazo o alcance, y ese sí es el socialmente peligroso. A menudo esta clase de individuos no aparece, no es visible, son incluso honrados padres de familia, incapaces de hacerle “mal a nadie” (naturalmente a nadie de su raza o de su familia) y hasta gozan de consideración o prestigio social. El entiende que es una desgraciada obligación esta de exterminar “esta gente” (los judíos), que no son estrictamente gente, etc. Puede ser un intelectual, un escritor, un profesional de la cultura, un sacerdote en algunos casos, un periodista, o político, con tareas de responsabilidad dentro de la comunidad. Es el ideólogo del mecanismo, que pone en marcha todo el aparato que termina en el acto de violencia individual, ejercitada por aquellos a quienes él maneja.

c) En último lugar, dentro del grupo antisemita hay un tercer sector: *los cómplices*. El antisemitismo tiene quienes lo cumplen materialmente, quienes lo instigan y lo inventan, y tiene finalmente los cómplices. Estos cómplices pueden ser casi co-autores, como por ejemplo el que financia la operación racista. Por ejemplo, aquel que procura que su competencia comercial judía desaparezca, o sea perjudicada por la discriminación o persecución racial. El honrado comerciante, no racista, que no tiene escrúpulos morales y le parece ingenioso desatar este mecanismo del racismo y la persecución frente a un rival semita. El cómplice puede ser el gobierno que no es efectivo en asegurar la tranquilidad pública, y la seguridad de las minorías, y de los habitantes de un país. También es cómplice, por ejemplo, el gobernante, el político profesional, u otro hombre público que, por ejemplo, declara justificado a Eichmann. Son cómplices, también, aquellos que teniendo una alta jerarquía política y societaria, atribuyeran a los judíos en un momento determinado relaciones con grupos políticos perseguidos e impopulares, o que identi-

ficaran al judaísmo con un grupo determinado para excitar contra ellos el odio popular.

La supresión del antisemitismo se encuentra unida a la reestructuración de las sociedades contemporáneas a través de su democratización política, y de la supresión de sus tensiones interiores.

En ese sentido igualmente amplio, todo lo que tiende a una mayor difusión de la cultura, particularmente del manejo de la sociedad, colabora a largo plazo con la erradicación del racismo y sus manifestaciones sobre sus consecuencias.

En un plano más restringido, e incluso individual, se puede hacer mucho contra el antisemitismo en la medida en que quienes tienen funciones públicas educacionales, de servicio social, de tipo político, etc., e incluso quienes actúan en niveles menos diferenciados, teniendo conciencia del problema, contribuyan cotidianamente a destruir el prejuicio, comenzando por dilucidar sus causales, enfrentar sus agentes, alertar a las más violentas.